Escribe CARLOS ESPLÁ

Corresponsal Permanente de NOTICIAS GRAFICAS en París



Checos y Eslovacos Creen en Benes Como Antes, Hace 23 Años, en Masaryk

PARIS, mayo de 1939. (Por avión). — Hace veintitrés años, en una vieja casona de la calle Bonaparte, en la orilla izquierda del Sena, nacía en París el Estado checoslovaco; mejor dicho, el "Consejo Nacional de los checos", que fué el embrión del futuro Estado. Masaryk, rodeado de emigrados pobres, perseguidos muchos de ellos por la policía, daba forma a su ideal patriótico. A su lado estaban, como principales colaboradores, un joven periodista checo: Eduardo Benes; un estudiante eslovaco, Osusky; un astrónomo de valía, hombre enfermizo, que organizó las legiones checoslovacas y alcanzó el grado de general en el ejército francés: Stefanick, también eslovaco, héroe de la independencia.

* * *

La casa de la calle de Bonaparte se conserva como un santuario, vigilada por una guardia de "sokoles". En mis años de destierro, nunca he podido pasar sin emoción frente a aquel humilde hogar de un pueblo que atraía las simpatías de todos los demócratas. Cuando las tropas de Hitler invadieron Checoslovaquia, la casa de la calle Bonaparte fué preservada de cualquier profanación nazi. Era el pasado glorioso de la patria resucitada. Ahora, cuando checos y eslovacos piensan otra vez en la restauración, ¿podemos creer que será también el futuro?

Francia no ha reconocido el régimen colonial establecido por el III Reich en Praga. Tampoco lo han reconocido otras grandes democracias. Aquel joven estudiante eslovaco, colaborador de Masaryk, nombrado ministro plenipotenciario de su país en París hace veinte años, sigue siendo, ante el gobierno francés, el representante diplomático de Checoslovaquia. Osusky continúa instalado en su legación de París. Bajo su presidencia acaban de celebrar un importante congreso los checos y eslovacos residentes en Francia. El cuadro de esta asamblea, reunida en la amplia sala de la Casa de la Química, era bien distinto del que ofreciera la humilde casa de la calle de Bonaparte, al "Consejo Nacional". Pero el espíritu de éste revivía en aquél.

* * *

Los patriotas checos y eslovacos de 1939 sólo se diferencian de los de 1916 en que llevan una terrible carga de amargura. Los de 1916 creían en Masaryk, marchaban a la muerte detrás del legendario Stefanik. Los de 1939 contemplan las fotografías de Hacha y Sirovy, inclinándose delante del invasor. Los de 1916 iban hacia la libertad. Los de 1939 vuelven de ella.

El ministro Osusky no es ya aquel joven estudiante de los comienzos de la guerra. Ahora es un diplomático. Veinte años de conferencias internacionales y de contacto directo con la política europea apagan muchos entusiasmos, ponen en la vida de un hombre una buena dosis de escepticismo. El discurso que ha pronunciado Osusky en el congreso de París no ha sido una arenga heroica ni una llamada al combate. Ha sido un excelente discurso político. Ha refutado Osusky los argumentos históricos de Hitler para justificar la invasión de Checoslovaquia. No fueron los checos los que se introdujeron, como un cuerpo extraño, en la Bohemia alemana; fueron, por el contrario, los alemanes los que llegaron como extranjeros a la Bohemia checa. No fué Praga la residencia histórica de los emperadores alemanes, sino de los reyes de Bohemia, que dirigieron el Imperio germánico...

* * *

Pero la polémica histórica es menos apasionante que la voluntad de hacer historia. Y la importancia del discurso de Osusky habrá que apreciarla, sobre todo, por la decisión patriótica de su auditorio. Como en 1916, los checos y eslovacos residentes en Francia han templado su voluntad de recobrar la patria perdida. Creen hoy en Benes como ayer creyeron en Masaryk. Quieren arrancarse la amargura de haber sido vencidos sin lucha. Este es el hecho político e histórico trascendental.

En la humilde casa de la calle de Bonaparte, viejo edificio, húmedo y sombrío, toman cuerpo y se hacen reales los fantasmas de hace veintitrés años.

A.P.C.E.
SIG.: 1.2d/989